

Revista de Estudios Taurinos
N.º 11, Sevilla, 2000, págs. 257-268

Presentación del n.º 10 de la *Revista de Estudios Taurinos*,
Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, patrocinada por la
Real Maestranza de Caballería, 1999.

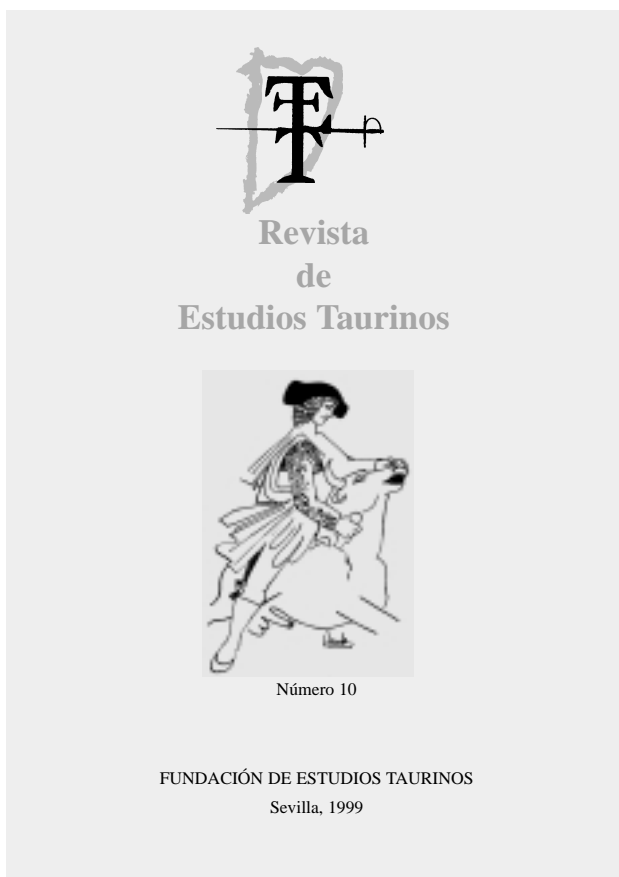


Fig. n.º 19.– Portada del n.º 10 de la *Revista de Estudios Taurinos*.

El 17 de diciembre de 1999, el Sr. D. Francisco Escribano, catedrático del departamento de Derecho Financiero de la Facultad de Derecho de la Universidad de Sevilla y miembro fundador de la Fundación de Estudios Taurinos, prestó, en un acto presidido por el Excmo. Sr. D. Manuel Roca de Togores, conde de Luna, teniente de Hermano Mayor de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla y desarrollado en la Sala de Conferencias de la Plaza de Toros de la Real Maestranza, el n.º 10 de la *Revista de Estudios Taurinos*.

En recuerdo de aquel acontecimiento la *Revista de Estudios Taurinos* publica su intervención y el Excmo. Sr. D. Jacobo Cortines, presidente de la Fundación de Estudios Taurinos, aprovecha para agradecerle vivamente las palabras entonces pronunciadas.

* * *

La *Fundación de Estudios Taurinos* se marcó desde sus orígenes dos tareas: una primera, consistente en dar a la estampa obras esenciales sobre la Tauromaquia. Noticia de su última manifestación en el cumplimiento de este objetivo es posible encontrarla en el número 10, undécimo de la *Revista*, que hoy anunciamos, donde aparece el texto de la presentación que hizo el profesor García-Baquero del libro de cuidada coedición entre la Universidad y la *Fundación de Estudios Taurinos* donde fue vertido el célebre manuscrito de Josef Daza, *Precisos manejos y progresos del arte del toreo*, nunca, hasta hoy, publicado en su integridad. La segunda, una publicación de carácter periódico cuyo objeto de estudio fuera la Tauromaquia abordada desde diferentes

perspectivas. Una polivocidad de perspectivas sobre un objeto bien definido. Y a fuer que lo logra, si fijamos nuestra atención en el número que, sólo la amistad y benevolencia de su Director, procura hoy mi presencia aquí para ser su vocero, aunque defensa no necesite.

Seis estudios seis, serán la columna vertebral de su composición, y atribuirlos a una rama de conocimiento, a una perspectiva, proporcionará de inmediato la amplitud del campo de interés del objeto. Un objeto que si es pasión del instante colectivo, desarrolla memoria, aquella necesidad de un conocimiento racional que aquilata la emoción y la explica, proporcionándole razón.

Abrirá plaza la trágica y corta vida de un torero puro, trianero y gitano; de su profesión de herrero traerá origen su alias *Puya*, su cuna parental y la tierra que lo ve nacer le ofrecerán el nombre artístico, *Gitanillo de Triana*. Esboza, José del Río, lo que acertadamente titulará *Apuntes para una biografía*, iniciándose así este número undécimo, con la acertada noticia del humano esencial de la Tauromaquia, el torero.

El Arte de la Tauromaquia visto por el arte o constituyéndose, al tiempo, en objeto de otro arte, sea la pintura, ésta en el silencioso Silos del ciprés a orillas del Arlanza, sea un derivado de aquélla al aparecer en paneles de azulejo que tienen su raíz en una vieja masía del siglo XIII, *Ca les Monges*, según documentadísima noticia que nos proporciona María Antonia Casanovas en su ejemplar estudio sobre la *Corrida de toros caballeresca* del Museo de Cerámica de Barcelona.

El arte como elemento de crónica de hábitos y costumbres populares será, entre otras, función esencial de la pintura románica. La luz que nos proporciona el licenciado Javier Monclova tiene la radical relevancia de asomarnos a un obje-

to mirado, seguramente, casi sin duda, no visto: las *Escenas taurinas del Monasterio de Santo Domingo de Silos*. Así su descriptivo trabajo nos suscita una intensa curiosidad, un imperioso deseo de volver para mirar de nuevo.

Será en el alfarje o arquitrabe mudéjar, donde nuestro cronista extraerá las pinturas sobre alanceadores de toros, a pie y, sobre todo, a caballo; nobles éstos, del pueblo aquéllos. Y será la crónica escrita de una crónica visual, la del hábito de correr y alancear toros, en el fervor de Silos. Hará ahora la pintura la nobilísima función de constituirse en memoria ilustrada de la Historia, permitirá descubrir costumbres y usos, hábitos y ropajes, dará a conocer impedimenta y utillaje, sin dejar de mencionar algunas curiosidades morfológicas del ganado, e incluso, proporcionará la posibilidad de una sutil ensoñación con la imagen de la dama espectadora de los lances.

Como acertadamente concluirá Javier Monclova, en estas pinturas de finales del XIV, el arte se configurará como reflejo de la sociedad que lo concibe. Mas no ha querido ir más allá nuestro cronista, y este que os habla sólo se atreve a aprovechar su generosa invitación de proseguir por el camino abierto y esbozar una consideración final. No será osadía presumir la intensa penetración en el hábito social del alanceamiento descrito cuando no escandalizaba su representación en lugar tan señalado como el claustro del monasterio benedictino. Días vendrán en que la Iglesia prohíba la fiesta de toros, ahora todavía le da amparo entre sus muros y permite ofrecernos, seiscientos años después, una magnífica crónica visual de su existencia y de sus formas.

No por más humilde su continente dejará de ofrecer aspectos interesantísimos el panel de azulejería que nos descubre María Antonia Casanovas. En un documentadísimo trabajo

nos propone una reflexión magníficamente descrita e históricamente ubicada, y si a ello añadimos que rinde tácito homenaje a Gracián y procura la quintaesencia al fárrago, logra decir bien porque enseguida lo dice.

M.^a Antonia Casanovas, conservadora del Museo de Cerámica de Barcelona, no ha olvidado una máxima esencial en la descripción del objeto artístico: su datación histórica, mas una datación histórica cargada de lógica, es decir, propuesta y resultado de un conocimiento del entramado de lógica e historia que todo agregado cultural posee. Así perfilará en apretada síntesis biográfica al mecenas o dueño de la masía donde se ubicará la azulejería, lo que al tiempo le permite datar el destino originario del panel. No escapará a su atención la relevancia del tema escogido, por cuanto fuere manifestación de uno de los temas preferidos por la sociedad española en la ocupación de su ocio: la corrida de toros caballerisca.

Seguirá la pista del objeto analizado y rastreará los modos de su adquisición pública. Con economía de medios y, sin embargo, con riqueza de contenido, será capaz de proporcionar datos preciosos sobre el alicer, antecedente de la forma ornamental del azulejo, así como de la influencia italiana en el modo de hacer la composición representada.

El conocimiento del destino de la obra permite a nuestra autora explicar sus servidumbres, su forma de media luna que determinará una recreación libre del objeto representado: la Plaza Mayor de Madrid, lugar de la corrida caballerisca rememorada. La licencia artística alcanza incluso a la modificación del vestuario de los representados, lo que no será novedad en la Historia de la pintura.

No menor será el interés que suscita la propia descripción de la funcionalidad del marco elegido, la Plaza Mayor

de Madrid, y su polifuncionalidad: lugar de mercado y de parada militar, de juegos y fiestas populares, de espectáculos y, cómo no, de corridas de toros. Hasta tal punto fueron importantes, y cíclica su producción en la época y en el lugar, que es dato contrastado la mengua de las rentas de los edificios cuyos balcones eran utilizados como palcos objeto de venta o alquiler en los años en que disminuían el número de corridas. Éstas, como elemento catalizador del ocio, punto de referencia artístico, todavía en los finales del XVII, y como índice de las rentas inmobiliarias de uno de los más importantes edificios de la ya capital del Reino.

Su excelente aportación se cierra con un malicioso comentario acerca de una hipótesis política en la elección del motivo artístico: un homenaje a su defensa del austria sobre el borbón, aquél, entre los aficionados a la fiesta; éste, entre sus censores.

De otra naturaleza será la perspectiva del trabajo de González Alcantud. Acerca de los orígenes de la Fiesta no puede decirse que no haya extensa bibliografía y de nuevo se retomarán las conocidas tesis de Fernández de Moratín para traer a colación la sedicente superada hipótesis del origen africano de la corrida de toros, la raíz nobiliaria –la nobleza caballeresca del moro antiguo de la que hablara ya Fernández de Moratín–, para concluir en una legación de aquélla a la nobleza castellana que sucedería de esa guisa a la mora en el juego de toros. Será ésta afirmación del cronista Abenamar a quien el autor traerá en apoyo de una rotunda ancestralidad africana del toreo. Tras realizar un intenso recorrido por las posiciones de los epígonos de esta tesis y de sus detractores, se presenta el núcleo esencial de la idea del autor, ya anunciado, de otra parte, en el título del estudio: *el discurso de los*

orígenes como metáfora cultural. Se presentará así el problema de los orígenes de la tauromaquia para los tratadistas del XVIII y el XIX como la respuesta a unos paradigmas morales mutados en argumentos históricos intuitivos que, nos dirá el profesor de la Universidad de Granada, *acaban resolviéndose en metáforas culturales.*

Mas, en nuestra opinión, la poligénesis de la tauromaquia es, no pocas veces, confundida con la polifunción del animal como objeto de lo misterioso, de lo ancestral o de lo festivo. La mediterraneidad del icono no puede sustraer la atención de quien en tanto que el toro está es tauromaquia de lo que se trata. Y, desde luego, lejos de alinearme entre quienes creen que por más ancestral, menos innoble.

Sobre las bases antropológicas de los análisis de Saumade parece discurrir el estudio que comentamos. Autor del que, por cierto, Pedro Romero de Solís hace un penetrante análisis crítico entre las recensiones de libros que posee el número que les presento. Sobre las líneas esenciales del pensamiento del francés se avanzará en una hipótesis del tratamiento del origen de la tauromaquia como estereotipo del ancestro *nación*, aunque para concluir en un crítico posicionamiento sobre una *polifonía de influencias* de la que el autor pretende obtener *claves para comprender la retícula de oposiciones binarias que ha producido la fractalidad taurológica.* Estoy seguro, como diría un castizo, que el asunto continuará.

Se cerrará la Sesión de los Estudios con análisis de testigos del objeto. La tauromaquia vista a través de los ojos de sus observadores. Una nueva perspectiva del objeto, dos posiciones de mirar, dos formas de mirarlo. En una, la crónica del cronista, la crónica taurina como texto literario, de opinión e informativo, a través de uno de sus emblemáticos

autores en el siglo XIX, Santos López Pelegrín y Zabala, alias *Abenamar*, de la doctora María Celia Forneas. Por eso, en la otra, acertadamente, al tratar del abate Delaporte y las fiestas de los toros, un prometedor joven espada nos advertirá acerca de una mirada comprensiva en un ambiente hostil.

Nacido con el siglo XIX, con documentados antecedentes familiares en el mundo de las ganaderías taurinas, quien llegaría a ser conocido como *Abenamar*, obtiene el bachiller en Leyes a los 22 años, recibéndose como abogado de los Reales Consejos a los 27. Hará las Filipinas, en su carácter de Asesor General del Gobierno de aquellas islas en las que permanecerá tres años, aunque mermado en el estipendio, debido a una reestructuración de su cargo, ha de tornar a la metrópolis en la que se encuentra en 1832 sin sueldo alguno. Tras una azarosa vida de variopintos cargos administrativos es elegido diputado a Cortes por la provincia de Guadalajara y lo será desde 1837 hasta 1840. En esta última época aparecerá su pluma en la prensa periódica, primero en *El Español*, posteriormente en *El Correo Nacional*, en donde la doctora Forneas ha localizado la siguiente confesión de parte: «Santos López Peregrín y *Abenamar* son dos nombres distintos y una sola persona verdadera, que soy yo para servir a Vds.». A partir de estas experiencias su vida en el mundo de la prensa fue activísima. Se le atribuirá la autoría de la *Tauromaquia Completa o sea el Arte de Torear en plaza, tanto a pie como a caballo*, o más conocida como la *Tauromaquia* de Francisco Montes, *Paquiro*. Firmará éste y la escribirá o revisará profusamente aquél, en opinión de la profesora de la Complutense.

Su perfil periodístico viene analizado a partir de las crónicas realizadas para *El Correo Nacional* entre finales de 1838

y comienzos de 1840. Se subrayará un cierto carácter profesoral del crítico taurino con afanes didácticos de indudable tono irónico no exentos de un cierto sarcasmo. No me resisto a traer aquí este pasaje citado por Celia Forneas: «*Trapío en los toros es lo mismo que estampa en los caballos, cuerpo en las damas y facha en los ministros*». Casi nada. Nos proporcionará deliciosas hipérbolas sobre las características de los toros —*el toro necesitaba ser más estudiado que la concesión de los fueros*—, junto a irónicas endechas acerca de la bravura de las reses corridas, recorrerá, en fin, el estudio que comentamos, diversos aspectos del pintoresco estilo literario de *Abenamar*.

De los toreros, sobre todo, se hará mención de la forma y modo de dar muerte a los toros, y apenas nada, lógicamente, de su forma de torear. El público es asimismo objeto de sabrosos comentarios en las crónicas de nuestro *Abenamar*, en él se incluye, por supuesto, a los empresarios de la plaza, a la autoridad que la preside, casi siempre mal parada, y a los espectadores, arbitrariamente divididos por nuestro cronista en inteligentes e imprudentes, de entre éstos, sobre todo, los aplaudidores. Una visión fresca del mundo de los toros en la primera parte del siglo XIX puede apreciarse mediante la descripción del cronista en este ameno estudio de Celia Forneas.

Una mirada comprensiva en un ambiente hostil, así calificará la visión del abate Delaporte Jean-Christophe García-Baquero Lavezzi en su excelente aportación, que cierra plaza en el apartado de estudios. Viajero ilustrado, el abate Delaporte parece haber seguido el acertado consejo de Gómez de la Serna que cita oportuno Jean-Christophe: eliminar todo prejuicio provocado por su cultura originaria y atender a lo verdaderamente útil, huyendo de lo anecdótico. Será la virginidad intelectual del viajero lo que más aprecie nuestro autor y a la luz

de esa visión nueva de un objeto ajeno propondrá una lectura interesantísima sobre el texto del abate Delaporte.

La fiesta de los toros mirada por un extranjero en la Lisboa de 1754, incluida, según precisa noticia de nuestro autor, en el tomo XV del monumental *El viajero universal*, compuesta por cuarenta y dos tomos, publicados entre 1765 y 1795. Cumplidísimo aviso, propio de bibliófilo experimentado, se nos proporcionará en el estudio, incluyendo las vicisitudes de la obra en su azarosa traducción al castellano, que no llegó a alcanzar, en su momento, al texto que ahora se nos presenta. La hipótesis, más que plausible de García-Baquero Lavezzi, es que el texto del abate que aquí se ofrece es la primera vez que se traduce a nuestra lengua. Como nuestro joven autor sostiene, con acierto, radicará el interés de su lectura sobre todo en los aspectos contextuales que el viajero sabe ver en una fiesta, a la sazón denostada entre los círculos ilustrados y prohibida, en parte, por la autoridad real en España. Sólo nos resta encomiar la excelente traducción y aconsejar la lectura de un texto pleno de viveza y sumamente ilustrativo del ambiente social de una corrida de toros en la Lisboa de mediados del siglo XVIII; sin dejar de mencionar la precisa descripción del propio objeto, tan diverso de lo que ahora acontece en nuestras plazas de toros.

Este número de la *Revista*, como es habitual, se cierra, con las secciones de Documentos –Orden de la Consejería de Cultura inscribiendo las estructuras publicitarias denominadas Toros de Osborne en el Catálogo general del Patrimonio Histórico Andaluz, con la categoría de Monumento–. Presentaciones de libros a las que ya me he referido, amén de la docta del profesor Manuel de Cossío sobre *El cine y los toros: pasión y multitud*, de Carlos Colón, y la elocuente

intervención del propio autor. En el capítulo de recensiones pueden encontrarse, además de la ya citada del director de la *Revista* sobre Frédéric Saumade, otra acerca de la *Suerte de varas* publicada por la Diputación Provincial de Valencia, así como del emotivo retrato de *Antonio Ordóñez. Torero de Ronda*; la de Rogelio Reyes sobre las *Poesías Completas* de Fernando Villalón; y la de Javier Medina sobre *El Toro. Paneles para un exposición*, que cierra la sección.

No quisiera dar por terminada mi intervención sin hacer referencia a una rareza de este número. Rareza porque abre una sección de Cartas al Director, no usada hasta la fecha. La rareza puede hacerse extensiva si hacemos referencia al objeto de la misma –carta o, más bien, nota de ensayo– acerca del fascinante *Pregón Taurino* de 1999 del que es autor el propio Director de la *Revista*. En el texto al que me refiero se cuestionan dos tesis vertebrales del citado *Pregón*: el origen de la cría del toro de lidia y la función esencial que la nobleza desarrolla como canon de su propia génesis de formación. Defendió el profesor Romero de Solís la indisolubilidad de ambos fenómenos y son cuestionados desde perspectivas históricas, sociales y económicas por el profesor López Martínez de la Universidad de Sevilla. Frente a la sugestiva tesis de Pedro Romero, se propone todo un programa lleno de atractivas hipótesis que será necesario recorrer. Entre tanto quede reseñado el texto de referencia, la honestidad intelectual del director de la *Revista* que lo publica y el deseo de que esa polémica tenga posteriores entregas para satisfacción de curiosos.

Para la de todos, termino aquí. Espero no haber defraudado expectativas sólo generadas por la antigua amistad de mi admirado Pedro Romero de Solís desde los tiempos heroicos

de la Facultad de Ciencias Empresariales en el edificio de Matemáticas de Reina Mercedes, donde por cierto asistía yo, recién estrenado mi doctorado, a unos interminables debates taurinos y literarios entre él y mis no menores amigos y maestros, también en esto de la tauromaquia, Ignacio Vázquez Parladé y Antonio García-Baquero. Ellos terminaron escribiendo *Sevilla y la Fiesta de Toros*, yo aprendí algo sobre lo segundo, poco desde luego, según se acaba de poner de manifiesto, pero gané una amistad de la que aún disfruto y a la que tanto quiero. Ha sido ésta mi única credencial para estar hoy aquí, en su homenaje lo hice y ya termino. Muchas gracias.

Francisco Escribano
Fundación de Estudios Taurinos

